

Pesca de tortugas

La Pesca en todos los países

municipales, la falta de reglamentos sólidos u ordenanzas bien premeditadas sobre exámenes prácticos, la opresión y dureza de los superiores y poderosos, las disensiones, querellas y pleitos, la lentitud de los tribunales, sus distancias, las dilaciones costosas, etc.

Mirándolos en su universalidad, pueden, cuando no todos, una gran parte haber conspirado poderosamente al daño experimentado.

El recelo de no poder remediar todo el que se padece, nunca debe suspender la diligencia de evitarle ó corregirle en la parte posible.

Pretender forzar la naturaleza por establecimientos favorables á la pesquería, sería una quimera: así como el desperdiciar sus felices proporciones, será un desacierto lastimoso. Dedicarse á perfeccionar las ventajas naturales, y sacar el mejor partido posible, debe ser el verdadero y esencial objeto.

La educación de la gente de mar relativamente á su clase y profesión promovida y rectificada por cuantos medios son posibles, proporciona los progresos de la Pesca. Según dicta la razón y la experiencia, es indispensable graduar de error enorme persuadirse á que se hallará en los pescadores más docilidad y sumisión, dejándoles sumergidos en una casi estúpida ignorancia, porque los hombres más ignorantes han sido siempre los más brutales y menos disciplinables. Además que un pescador ó marino ejecuta con distinto acierto las maniobras que se le mandan, cuanto está más cultivado: y en una palabra, la ignorancia para nada puede ser buena.

Interesa demasiado á la pesca, navegación y comercio proporcionar é instruir á nuestra juventud de la marinería pobre y desvalida, para difundirse en expresar las utilidades de la ejecución, respecto que ningún sensato puede desconocerlas, y mayormente los que habitan los pueblos marítimos.

En los países cálidos se trata de combatir la indolencia, pereza y ociosidad: el estímulo y la prudencia lo consiguen en todos los climas. La pesca igualmente que la agricultura y manufacturas requiere unas gentes sobrias, laboriosas, vigilantes, asiduas y activas.

Cuando á los individuos de una profesión se les ve ociosos, y que gastan los días en disipaciones de tiempo, es imposible que dejen de repugnar después, singularmente los pescadores, las incómodas, duras fatigas y riesgos á que la aplicada continuación de su ejercicio los había acostumbrado.

La pesquería en su fomento exige, que sobre la vigilancia de favorecer los matrimonios é impedir la corrupción de las costumbres en la gente de mar, se evite

con la atención posible la mendicidad y miseria, prohibiendo en cuanto haya arbitrio el uso de los licores fuertes, persiguiendo la ociosidad voluntaria ó maliciosa, socorriendo á los que por su edad ó achaques no pueden ganar el preciso alimento, y estableciendo ciertas instituciones de sujeción y labor para los revoltosos y desaplicados.

No parece se conoce la bárbara región en donde pueda haberse discurrido la cruel máxima de que *para hacer trabajar al hombre, conviene impedirle llegue á enriquecer*; esto es, mantenerle en el deplorable estado de una pobreza estrecha. En los mismos pescadores advertimos todo lo contrario: el bien estar anima al trabajo y la miseria abate y desalienta: y en todas las clases sucede lo mismo.

Poner en honor la pesquería, hacer estimable al que la ejercita por profesión, distinguiendo á los que más sobresalgan en valor, inteligencia y tareas, será estímulo general de los más poderosos; porque el hombre en cualquiera clase no puede dejar de ser sensible al aprecio público, ni carecer del natural amor á la gloria.

Las costumbres, las luces y el buen gusto se insinúan imperceptiblemente aun en las clases más inferiores. Todos los que se hallan distinguidos por la fortuna, el nacimiento ó educación deben dar ejemplo, atender y cooperar en todo lo que está de su parte á fomentar nuestra pesca. Los escritores produciendo sus observaciones, discursos y pensamientos sobre ideas verdaderas; los superiores y jueces aplicando su celo y protección; los ricos con sus socorros, ensayos y empresas; los señores propietarios que tienen sus posesiones á la orilla del mar, y pesquerías propias. Si todos concurren con sus posibles esfuerzos, no puede dudarse de los progresos.

El amor de la patria contiene la emigración de mucha marinería, y llama á los que casi se podían contar por extraviados sirviendo en otros países. El Estado se interesa en él, porque en la fuerza marítima consiste su poder. Hemos insinuado que la pesca es regularmente el aprendizaje del marino en su niñez: que es su refugio cuando cansado de las repetidas navegaciones y viajes, u obligado de la edad se retira á su país, volviendo á ejercerla. Si este amor es un impulso natural que nos liga al suelo en que nacimos, un instinto que por la habitualidad nos constituyó propio el aire que respiramos, los alimentos de que nos nutrimos, y finalmente todos los objetos que desde la infancia halagan nuestros sentidos. Es igualmente un acto de conocimiento fundado en el amor que debemos á nuestros

parientes, amigos, conciudadanos y al estado civil en que la Providencia nos colocó para vivir en la más íntima unión. Pero este mismo amor se ha de mantener, fomentar y aumentar; porque si el pescador ó marino no recibe beneficio, protección, ni auxilios; si los que son depositarios de la facultad de proporcionárselos, no la emplean sino para aumentar su particular fortuna, es muy de temer que el hombre grosero,

incapaz de las ideas abstractas del patriotismo que no ve, deje de acostumbrarse á mirar la patria y su suerte como la de una nave en donde no tiene interés.

Cuando se intenta remediar un daño, debe examinarse con suma reflexión que el plan abrace el todo, y no padezca implicaciones, contrastándose las mismas reglas; de modo que en el designio de querer fomentar un ramo ó superar un obstáculo, se incurra en otro



Pesca del escombros

mayor; esto es, que por un bien ó un interés momentáneo se causen males para un siglo.

La pesca nacional tomó en nuestro país á principios de siglo, bastante vuelo como dice *El Diccionario general de la Pesca*: «El gobierno con incesantes fatigas y expendios por indagar los males en su raíz, ha interceptado el desorden y le ha corregido. Sus admirables designios los califica un sin número de providencias las más benéficas emanadas de la paternal generosa mano del mismo Soberano hacia los pescadores, que refluyen á la universalidad de sus vasallos.

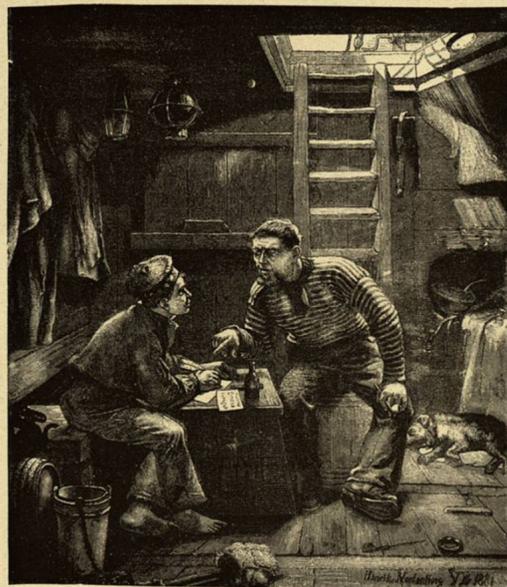
Numerarlas sería oficiosidad, cuando no hay quien las ignore.

En conclusión, la Pesca por lo común es uno de aquellos objetos sobre cuya esencialidad no suelen fijar muchos la consideración. Cuesta cierta violencia detenernos en cosas que no interesan particularmente, y más cuando no están muy á jurisdicción de nuestros sentidos. Vemos los peces y nos lisonjean el gusto con lo delicado de sus muchas especies. Nos admira la innumerable variedad de ellas. En algunos nos sorprende la hermosura de sus colores: en otros la figura ó enormidad del tamaño; pero no nos esforzamos á pa-

sar de estas primeras nociones, porque no nos acomoda internarnos al estudio de esta mitad de la Naturaleza, que contienen las aguas.

Cuando se dedica el discurso á considerar los muchos millares de hombres que con una variada multi-

tud de artes ocupa y el sinnúmero de personas que alimenta la pesca, que es una mina abundantísima, inagotable, y que constituye la felicidad de imperios poderosos, se convence del importante aprecio que exige.



## CAPITULO VI

### LA PESCA CON ALMADRABA



es el arte de pesca con la Almadraba uno de los mas antiguos; y parece verosímil fuesen los Fenicios quienes empezasen á usar una especie de pesquera semejante, cuando residían en nuestras costas del Mediodía.

Pero contando con toda la incertidumbre á que está sujeta la época de su invención, á lo menos es constante, pasa de dos mil años se escribió ya sobre la pesca considerablemente lucrativa de los atunes.

Suponiéndola Aristóteles en el mar del Sargazo ó Argazo, asegura que los habitantes de Cádiz navegaban hacia Poniente, costeano el Africa hasta cierto paraje lleno de hierbas marinas, en el cual había innumerables atunes, que pescaban, salaban, y en vasijas conducían á Cartago para la venta pública, donde había mucho consumo.

En su época pescaron atunes los celtas, los de Marsella y los de las costas Africa con gruesos anzuelos de hierro. No es dudable que también los de Gádes ó Gádis pescasen del propio modo cuando iban al mar del Sargazo, respecto la sencillez del aparejo que al efecto necesitaban, reducido á unos cordeles para los anzuelos, y el correspondiente cebo, como en el día sucede en nuestros mares con el *bolantín*, *bonitolera*, etc., evi-

tando ir cargados con el embarazoso volumen de unas redes tal vez groseras é imperfectas, que la excesiva profundidad las haría inútiles.

No fueron menos preciosas que las del Cuerno ó Golfo de oro de Bizancio las pesquerías gaditanas desde siglos muy remotos: lo acreditan evidentemente las monedas que conteniendo la figura de los atunes, acuñaron aquellos habitantes en significación del extendido tráfico y utilidades que les producían semejantes peces en sus respectivas cosechas, igualmente preciosas por su término que las de los fecundos terrenos de la misma Bética.

También han sido conocidas estas pesquerías con el nombre de *Cetarias*, sobre que conviene el propio sabio Benedictino en su anunciada disertación. Pero por otra parte es constante que la palabra *Cetaria* expresaba aquellos depósitos, que por no poderse consumir de una vez toda la pesca, tenían para conservarla viva, según Plinio. Y estas cetarias al efecto eran unos grandes lagos inmediatos á la orilla del mar en que quedaba contenida la agua que entraba con la creciente de la marea, y el pescado que con ella venía.

No es de admirar, si aquellos mismos antiquísimos pescadores, según su práctica, observaron que los propios atunes pasaban á lo próxima inmediación de sus costas, seguían al Estrecho, volviendo sucesivamente á repararle en estación señalada. y como el lucro ha